Concepción, 14 de Mayo de 1934.

Señor

Don Eduardo Cienfuegos,

Santiago.

Mi estimado amigo,

usted me ha hecho el honor de pedirme en nombre de El Mercurio que le conteste unas cuantas preguntas relativas a asuntos de gran actualidad. Todas son de carácter político. Aunque no me mezclo, en razón de las actividades que me son propias, en los detalles de la política ni estoy al tanto de ellas, creo que en estos momentos ningún ciudadano debe excusarse de contribuir como pueda al esclarecimiento de estos vitales problemas. Por mi parte me inclinaré a considerarlos en esta ocasión alejándome un poco de la política misma y a mirarlos desde un ángulo psicológico y sociológico.

.-¿Los programas de los partidos políticos responden o no a las necesidades de esta hora? La descomposición existente en los partidos políticos ¿es mas o menos grave que la que existía hace treinta años?.

Los partidos son agrupaciones de hombres unidos por una ideología común relativa a la manera de resolver los problemas de la colectividad en que viven. A la ideología se agregan luego intereses y lazos

mas o menos tradicionales, según la historia del partido. Los programas de todos nuestros partidos, según entiendo, han sido revisados y rehechos después de 1931. Sería menester pensar que las colectividades políticas estuvieran formadas por hombres muy miopes y sin inteligencia alguna para que, habiendo dedicado la mayor parte de su vida al estudio de los problemas sociales o al manejo de la cosa pública, no hubieran sido capaces de percibir las verdaderas necesidades del organismo social. Es verdad que hay programas inspirados por ideologías importadas sin suficiente discernimiento o que no son otra cosa que sumarios de aspiraciones exorbitantes estampadas sin ninguna reflexión sobre los medios como se pueden llevar a cabo. I a falta de esta reflexión se piensa ~~ligera-~~
~~mente~~ en la acción revolucionaria como capaz de conseguirlo todo.

Ha influido en el desprestigio de los partidos tradicionales una táctica de los partidos extremistas. Estos han tomado de la confusión moral y económica de la post-guerra el tema de una inquietud de las masas y de los elementos jóvenes que las personas maduras o de edad avanzada no serían capaces de auscultar. I mucha gente se ha quedado como paralizada y desorientada ante esta faz del alma colectiva de que le hablan los nuevos videntes que se presentan dotados de un sentido de que carecerían los hombres de la edad anterior. No se puede negar la existencia de alguna inquietud; pero para conjurarla es menester someterla a un minucioso análisis

y entonces talvez se verá que si en parte es de carácter político, es por lo demás principalmente de naturaleza psicológica y moral. En cuanto es de carácter político ningún partido ha dejado de encararla en algún sentido. En lo que tiene de psicológica y moral debe ser considerada como motivo de atención educacional.

Las inquietudes son por su naturaleza, como la palabra misma lo sugiere, algo de índole espiritual. Inquietudes morales, artísticas, literarias, pueden perturbar el alma de los jóvenes; probablemente no de las masas populares. Mas aun merecen el nombre de inquietudes las interrogantes relativas a enigmas filosóficos y metafísicos para los cuales no se encuentra una solución satisfactoria. También pueden estas hacer presa en el alma de los jóvenes, no así en la de las masas populares. Esta situación no envuelve sino un problema de cultura que solo ~~debe~~ ^{debe} o secundariamente incumbe considerar a la acción política.

Nos quedaría otro elemento de la inquietud, el anhelo de mayor justicia social que se traduce en los tópicos perfectamente concretos relativos a cuestiones sociales y económicas, al derecho de propiedad y a la organización del trabajo; pero estos son puntos que ningún programa político deja de considerar debidamente y de resolver según las doctrinas que sustentan. La diferencia está en que unos quieren alcanzar una mejor y equitativa distribución de la propiedad y el mejoramiento de las condiciones y organización del trabajo por medio de la revolución dentro del margen amplio que permiten la constitución y las leyes, mientras que otros van mas o menos tras la abolición de la propiedad y la revolución social.

Agréguese que después de la gran guerra el advenimiento con mayor intensidad de todos los partidos de extrema izquierda en su variada policromía ha traído necesariamente una dislocación en los demás partidos. Esta se ha hecho sentir sobre todo en los que figuraban como los más avanzados, honor que correspondía al radicalismo y al partido demócrata. Hay gente que no se siente bien sino en las filas avanzadas de la sociedad. Les parece tal vez que desmerecen de valor intelectual si se quedan en un sitio más razonablemente elegido. Ciudadanos de esta clase y otros movidos quizás por convicciones más hondas y móviles menos frívolos no han podido dejar de sentirse imantados por la atracción izquierdista, con grave perjuicio, como lo hemos estado viendo, para la armonía y unidad de sus respectivos partidos.

Bajo la cubierta social o socialista en que está clavado el cuadrante de la hora actual predominan el más feroz individualismo y una desesperante indisciplina. Faltan en consecuencia una acertada coordinación de los esfuerzos de los individuos y a menudo falta también en las relaciones entre uno y otro partido lo que los deportistas llaman juego limpio.

El mal no radica tanto, pues, en que los programas de los partidos no respondan a las necesidades de esta hora sino en la carencia de disciplina para someterse lealmente a la bandera del ideal que se ha abrazado y en el no reconocimiento de normas superiores al interés de grupo o de clase.

Apenas necesito agregarle, después de lo dicho, que considero la actual descomposición de los partidos mucho mas grave que la que existiera hace treinta años. Lo cual no significa que haya que suprimirlos. Confiamos en que llegue a animar un mejor espíritu de cooperación a nuestros políticos que permita resolver acertadamente los problemas reales que gravitan sobre nuestra patria y desvanezca los artificiales. En cuanto a los programas se pueden ir reformando a medida que lo necesiten, único camino que corresponde seguir a una democracia que quiere vivir y perfeccionarse.

Que no hayan partidos o que haya uno solo como se pretende en la Italia fascista y en la Alemania nazista me parece un hecho mas aparente que real que se mantiene gracias al régimen que impera en esos pueblos, régimen que, aunque ha correspondido a necesidades nacionales y ha sido acogido con entusiasmo por millares de ciudadanos, es de opresión.

-¿Qué grado de veracidad debe atribuirse a algunos rumores en el sentido de que se prepara un "Fascio" en Chile? ¿Cree Ud. conveniente su implantación? ¿Cuál es su opinión sobre el régimen corporativo?

Bien pueda ocurrir que a causa de mi relativo retiro tenga que ignorar la trama de tan amenazantes designios; pero me paracen que no existen.

No estimo al fascismo ni necesario ni conveniente. Pero mucho me temo que si no sabemos respetar y

mantener el gobierno constitucional que hoy se halla a la cabeza de la República vayamos a caer en una dictadura fascista. La división no como el resultado de una implantación directa sino como una inevitable reacción contra tentativas revolucionarias. Ojalá que lo que nos queda de cordura nos preserve de este trastorno en nuestra evolución institucional.

Al régimen corporativo se refieren ensayos hechos principalmente en Italia, Rusia, Alemania y Austria. Son famosas las innovaciones llevadas a cabo en Italia en este sentido. Las corporaciones en Italia dependen del Ministerio del mismo nombre y son organismos del Estado que constituyen verdaderos instrumentos de administración en manos del gobierno. Son la obra de una dictadura que sabiamente se ha forjado un medio de dirección y de paz en los conflictos del capital y del trabajo. Algo semejante o algo más acentuado desde el punto de vista de la acción dictatorial es lo que ocurre en los otros países nombrados.

No sería fácil, me parece, establecer entre nosotros, el sistema corporativo así entendido dentro de nuestro régimen constitucional. Sería un asunto para un detenido estudio; pero si por medio de él se pudiera depurar el falso sufragio universal que tenemos, de manera que el derecho de sufragio fuera un privilegio de los verdaderos trabajadores de toda especie y se diera un desvío feliz a la oposición del capital y del trabajo y a la insensata lucha de clases que algunos predicamos, deberíamos considerarlo como una acertada y conveniente innovación.

ción.

-¿Qué opina usted de las fuerzas de la izquierda?

da?

Como en estas fuerzas hay tantos matices al hacer las siguientes observaciones ^{tenes} ~~esto~~ principalmente en cuenta a las de la extrema izquierda que son la que se presentan con un carácter mas definido.

En el alma izquierdista entran como elementos en variadas proporciones el idealismo, la utopía, y el fanatismo, una concepción demasiado simplista de los fenómenos sociales y una fé ingénua en el poder de los gobiernos.

En nuestro país forman las fuerzas de izquierda una minoría cuyos centros se encuentran sobre todo en Santiago. En el resto del país no tienen ramificaciones de importancia.

Las izquierdas ostentan la plataforma de representar mejor que nadie a los que trabajan y a los que sufren. Se arrogan así la representación casi exclusiva del valor supremo que es el trabajo y de las situaciones que mas conmueven al corazón humano, las del dolor y del sufrimiento.

La realidad es mientras tanto que partidos como el radical, el democrata y el conservador para no nombrar otros cuentan con poderosos elementos del trabajo y que mayoría de los verdaderos trabajadores se encuentran fatigados con el caos político y las agitaciones revolucionarias; que han sentido ellos el bienestar del afianzamiento financiero y económico que ha logrado alcanzar el actual gobierno constitucional de la República y ven con inquietud que esta era de resurgimiento que apenas se inicia pueda

ser perturbada y derribada por nuevos trastornos políticos.

Para aliviar el malestar de las masas que sufren el programa izquierdista contiene aspiraciones sumarias que serían tan hermosas como párrafos del Evangelio si no fuera porque tienden a desorganizar el Estado y se hallan inspiradas en la lucha de clases.

La verdad es que no hay, -salvo espíritus egoístas y mezquinos, -quien no se sienta conmovido ante el dolor de los desamparados de la fortuna, quien no coopere a aliviarlo y que todos los partidos consideran este problema en sus programas. La diferencia estriba, según hemos visto en líneas anteriores, en la manera de resolverlo.

Para los marxistas la bondad y la caridad son virtudes burguesas despreciables y hacen gravitar sobre el Estado todo el peso de las reformas del mundo social. De esta suerte no solo pierden la valiosa cooperación que los sentimientos humanitarios pueden prestar sino que incurren en graves errores sobre las cuestiones que atañen a la naturaleza del hombre.

Los izquierdistas conceden en sus programas muy poca importancia a la iniciativa individual. No ven que la verdadera solución de las cuestiones sociales no radica tanto en dar cosas hechas a los individuos que las necesitan como en hacer que se las procuren por medio de su trabajo. De modo que el problema social se convierte en un labor de educación y en otra de acertada organización y de justa remuneración del trabajo.

Dar directamente a los pobres es muy humano y

simpático y grato sin duda alguna; pero ello no conduce a soluciones orgánicas y definitivas del problema de la pobreza y solo se justifica en casos de emergencia, de necesidades urgentes y en favor de los enfermos e incapaces.

-¿Cómo desconocer a las izquierdas el derecho de sustentar sus ideales y de luchar por el triunfo e implantación de ellos en los términos que una sociedad civil jurídicamente organizada permite?. No sería yo quien fuera a negar al espíritu humano su alta y peculiar facultad de ser creador e innovador.

Se necesitan ciertamente reformas en el orden económico, educacional y político. Muchas se han venido haciendo. Pero es un grave error sociológico pensar en una subversión total del Estado y en su transformación de fondo en comble aplicando sin discernimiento reformas revolucionarias llevadas a cabo en otros países. No debemos copiar nada sino que ensayar con cuidado lo que convenga a nuestra sociedad. Los cambios violentos no producen sino desórdenes con los cuales todos sufren. La gran revolución francesa ~~que~~ fue un ejemplo de ello. Los azotes de hambre que ha sufrido Rusia después de su revolución constituyen otro reciente. Jamás ha habido un gesto más hermoso, un ruego de renunciamento más absoluto, en la esperanza de implantar la igualdad y la felicidad entre los hombres, que el llevado a cabo en la noche del 4 de Agosto de 1789 por los privilegiados del antiguo régimen francés. En un rasgo romántico renunciaron a todos sus derechos y prerrogati-

vas. Sin embargo, esto no impidió los horrores del Terror y, lo que es peor la desigualdad odiosa y plebeya de los nuevos ricos, de los advenedizos, de los financieros inescrupulosos, que prosperó a la sombra del corrompido régimen directorial: en una palabra, el contraste más irritante que nunca ~~entre~~ el lujo insolente de los improvisados y la miseria de la mayoría. Todos los sacrificios de la revolución en este sentido resultaron inútiles y continuaron siendo inútiles. El consulado y el imperio de Napoleón restablecieron el orden, pero trajeron nuevas e inevitables desigualdades.

Inglaterra nos ha dado en cambio siempre buenos ejemplos de sabiduría política. Nunca ~~ha~~ llevado a cabo revoluciones totales, que signifiquen una reforma íntegra del Estado. Ha procedido con tiento amoldando los cambios a las circunstancias y sin grandes trastornos. Así en el curso del siglo XIX, sin revolución alguna, pasó de ser una monarquía casi absoluta a una democracia perfecta.

-¿Cuáles son los deberes de la juventud en el momento actual?.

La edad de la juventud estudiantil significa período de crecimiento, de marcha hacia la maduración. Va a integrar la futura elite de la sociedad. De aquí que su principal deber consista ante todo en trabajar por su propio perfeccionamiento. Así servirá mejor a la sociedad. Por lo mismo es frecuente caso que, salvos raras excepciones, los mejores estudiantes sean aquellos que menos

andan en movimientos y algaradas estudiantiles.

Las doctrinas que piensan para todo en la omnipotencia del Estado y no en la iniciativa individual no convienen a la formación del carácter del joven. Piensan en que cada cosa tendrá que hacerse por medio del Estado equivale poco menos que a entregarse por completo a las reformas políticas y olvidarse de la educación y reforma de sí mismo. Se produce una situación parecida a la del negligente que disculpa su inacción con los obstáculos que encuentra en un ambiente malo y poco propicio. Mientras tanto la verdad es que una voluntad fuerte puede sobreponerse a un mal ambiente o zafarse de él para ir en busca de otro mejor. En el carácter del joven debe formarse el resorte espléndido que lo incite a superar su mal ambiente y también, si es preciso, a superar las dificultades que provengan de una mala organización del Estado.

Nada de lo dicho cabe entenderlo en un sentido egoísta. La juventud tiene responsabilidades. Tiene la obligación de pensar mejor que los que no han recibido la educación de ella. Con el más amplio conocimiento de la naturaleza de la sociedad, que debe haber adquirido en las aulas, le corresponde no dejarse extraviar por las bajas pasiones y las suspicacias y no ser juguete de falsos profetas. Su mayor cultura la obliga a respetar los valores espirituales y estos, fuera de los de la belleza, no son otros que los de la moral y el derecho.

Para terminar pidámosles a los jóvenes que nos acompañen a hacer un ligero examen de conciencia nacional.

Creemos, tal vez con razón, que somos el pueblo menos tropical de la América. Pero no estamos libres de defectos que consideramos tropicales. Somos impulsivos y faltos de memoria, con lo que hemos perdido varias veces el hilo de nuestro desarrollo histórico.

Andan algunos buscando la reforma integral del Estado y nos hemos olvidado de lo que ocurriera hace poco más de un siglo durante un período agitado y caótico como el actual. En 1826 se implantó el régimen federal en el país, reforma radical que fracasó por no corresponder a las condiciones de nuestra sociedad. Por causas análogas se derrumbó poco después la constitución de 1830.

Se afirmó luego la constitución de 1833 y ha llegado hasta nosotros prestigiada por más de un siglo de aplicación, tras de haber sido objeto en 1925 de reformas adecuadas que aconsejaron las experiencias de un parlamentarismo mal practicado. No respetar y despedazar esta carta de nuestra sabiduría secular sería una peligrosa aventura propia sólo de locos o de gente que debe ser puesta bajo la custodia del Código Penal. Reformémosla cuanto las circunstancias aconsejen, pero por las vías que ella misma indica.

No han pasado tres años desde la revolución de Julio de 1931 y nos hemos olvidado de que ella fue hecha bajo la única bandera de volver al país al régimen constitucional y legal.

Nos hemos olvidado de episodios posteriores que pusieron de nuevo en serio peligro las instituciones

de la República y nos estamos olvidando de que el orden legal y constitucional es una necesidad del país y una bendición para el trabajo.

Después de estas reflexiones y recuerdos estamos autorizados para invitar a los jóvenes a que no seamos impulsivos ni olvidadizos y a que demos prueba del buen sentido y del civismo necesarios para evitarle a nuestra patria tanto los horrores de una dictadura roja como las duras pruebas de otra de carácter fascista.

Lo saluda su afmo. s. y amigo